

El principio de nuestra historia

LUIS MAURICIO MARTÍNEZ

Nos subimos en el auto y la aventura comenzó bajo la incertidumbre de un camino algo prolongado y un destino incierto. Gigantes verdes, silenciosos, nos hicieron guardia a un costado de la carretera, siendo testigos del aviso de un enorme descubrimiento. Era medio día cuando llegamos a una gran montaña. Un frío y oscuro túnel cruzamos a pie, para adentrarnos en lo más profundo de ésta. Al llegar a ese punto de luz del otro extremo, ahí estaba: un ojo vigilante de la madre tierra, medio dormido, medio agonizante, pues aún se asomaba en él una húmeda esperanza de sobrevivir unos siglos más. El viento dominaba el entorno. No lo dudamos un segundo y avanzamos hacia las entrañas del lugar; atravesamos un petrificado desierto salado, inmaculado como la vida misma. Caminamos por la orilla, sobre las pestañas del atento vigilante, si se daba un paso firme, parecía hacer un esfuerzo en despertar, pues se sentían sus palpitaciones; no lo logramos, siguió dormido. Algunas aves nos admiraban con extrañeza, como si fuésemos una amenaza a su paraíso perdido. Al abrigo de ese mágico punto del planeta me fueron con-

fiadas las historias de tiempo atrás acerca del lugar; llenas de magia, de misterio, de surrealismo y verdades imaginarias durante un par de horas, tal vez un poco más. A continuación, tras la caminata y agotados por la luz de sol, subimos a un pequeño monte y a los pies de un mezquite nos permitimos un descanso. Estando sentados los temas de conversación nos sobraron; las palabras nos quemaban la lengua, ansiosas de salir y ser descubiertas por seducir los oídos de esa compañía, para hacer crecer nuestra mutua admiración o quizás provocar alguna decepción; cualquier cosa era necesaria. Aquel ojo de agua no se cansaba de observarnos. Juramos que escuchó nuestro diálogo, pues a cada palabra, su alma líquida se teñía de diversas y magnificas tonalidades imposibles de describir o de imitar; acaso como una señal de emoción al admirar nuestros secretos desnudos. Llegó el atardecer –por cierto muy audaz– y ambos lo presentimos; no era un momento, no, era ¡El Momento! Nuestras almas se encontraron olvidándose de lo que podría pensarse por nuestro cuerpo animal, jamás hubo pecado, en ese momento se desvaneció el género, sólo fuimos seres humanos por la afinidad de nuestros sentimientos. Un encuentro puro, sin malicia, con tintes de inocencia, una especie de amor, amor bueno y auténtico... Toda la angustia por esa nueva experiencia, la desesperación al vernos de frente y no poder contenernos, la gratitud de sabernos cómplices, se fundió en un abrazo embriagado de paz, de tranquilidad, por el inicio de una grandiosa amistad.

La noche cayó y emprendimos el viaje de vuelta a casa; la penumbra del camino nos advirtió el final del día *y con ello el principio de nuestra historia.* ■